

MARTIN AMIS

Perro callejero



Xan Meo es un hombre de múltiples talentos y algunos secretos. Actor, músico, escritor, y también hijo de un célebre delincuente. Una noche llega a casa, saluda a su mujer y se marcha al pub. Es verano, Xan se sienta a tomar su copa en la terraza y, al poco rato de estar allí, dos hombres le parten la cabeza a cachiporrazos. Se salvará tras una difícil convalecencia, pero será otro. Y tal como le anuncia Pearl, su áspera y combativa primera mujer, deberá acostumbrarse a su nuevo ser, y también deberán acostumbrarse todos los que le rodean. Sobre todo Russia, su actual mujer, y sus dos hijas, y también los dos hijos que tuvo con Pearl, porque el civilizado y encantador Xan dejará de ser el marido soñado y se convertirá en un antimarido, en un antipadre, en un hombre más violento, movido por impulsos primarios y con una sexualidad muy, muy perturbadora.

Pero hay otros personajes cuyas vidas se cruzan, o inciden en la de Xan Meo. Está Clint Smoke, periodista estrella del *Morning Lark*, un periódico amarillista volcado en la pornografía y las noticias sensacionalistas, y también Henry England, que es nada menos que el rey de Inglaterra, y padre de la Princesita, a la que alguien ha fotografiado desnuda en su bañera. Y también está el misterioso Joseph Andrews, como una araña en el centro de una vasta red, de un imperio.

Novela aterradora y divertida, popurrí de géneros y de recursos, que van desde la parodia esperpéntica de casi todo hasta la inteligente y nada cómica indagación sobre la sexualidad y la pornografía, la guerra de los sexos y el deslizamiento del poder de los hombres a las mujeres. Y en el centro de todo: Edipo, la paternidad, los padres como posibles corruptores devoradores de sus hijos, el difícil pasaje a la madurez.

Para Isabel

Primera parte

CAPÍTULO PRIMERO

1. HOMBRE RENACENTISTA

En el que resulta que voy al Hollywood, pero acabo en el hospital; que llegas el primero, pero eres el último; que él es alto, pero ella es baja; que te pones de pie, pero te derriban; que somos ricos, pero somos pobres; que unos encuentran la paz, pero otros, en cambio...

Xan Meo se encaminó al Hollywood. Pero a los pocos minutos, con toda urgencia y entre la baraúnda coral de los ayes de dolor transformados en ululatos eléctricos, a Xan Meo lo evacuaron de allí en dirección al hospital. Un caso típico de violencia masculina.

—Tengo que salir —le había dicho a Russia, su esposa americana.

—Ooh —respondió ella, pronunciándolo como dicen «¿dónde?» los franceses.

—No tardaré. Las bañaré. Y les leeré algún cuento también. Y prepararé la cena. Después llenaré el lavavajillas. Y a ti te daré luego un buen masaje en la espalda. ¿Vale?

—¿Puedo ir yo? —preguntó Russia.

—Es algo que tengo que hacer solo.

—¿Algo que tienes que hacer solo con tu amiguita?

Xan sabía que no se trataba de una acusación seria. Pero asumió una expresión de maltratado cansancio (un enfuñamiento de la frente) y dijo, no por primera vez y convencido de estar diciendo la verdad:

—No tengo secretos para ti, querida.

—Hum... —replicó ella, al tiempo que le ofrecía la mejilla.

—¿No recuerdas qué fecha es hoy?

—Oh. Sí, claro.

Estaban los dos de pie en el pasillo de alto techo, abrazados. El marido, entonces, hizo un movimiento con el brazo que provocó el tintineo de las llaves en su bolsillo. Su intención, no consciente del todo, era expresar que estaba impaciente por irse. Xan no lo reconocería jamás públicamente, pero a las mujeres les encanta, por naturaleza, prolongar la rutina de las despedidas. Es el reverso de la afición que tienen a hacer esperar a la gente. Los hombres no deberían reprochárselo. Hacerlos esperar es una modesta reparación a cambio de los cinco millones de años que ellos llevan en el poder... Luego Xan dejó escapar un suspiro al oír un crujido en la escalera por encima de su cabeza: bajaba por ella una extraña figura compuesta: normal hasta la cintura, pero, de ahí para arriba, dotada de dos cabezas y cuatro extremidades superiores: era Sophie, la pequeña de Meo, sostenida estrechamente en brazos por Imaculada, la niñera brasileña. Tras ellas, a una distancia a la vez pensativa y autosuficiente a sus cuatro años, bajaba también Billie, su hija mayor.

Russia tomó en brazos al bebé y le dijo:

—¿Te gustaría un rico yogur para merendar?

—No —dijo Sophie.

—¿Quieres que te bañe con todos esos juguetes tuyos que flotan?

—No —dijo Sophie, y bostezó dejando al descubierto sus dos primeros dientes de leche, semejantes a dos granos de arroz.

—Anda, Billie... Dile a papá lo de los monos.

—Había demasiados monos saltando en la camita. Uno se cayó y se rompió la cabecita. Lo llevaron al médico, que dijo enseguidita: *Que los monos no salten, que duerme la niñita.*

Xan Meo elogió cumplidamente a su hija mayor.

—Papá te leerá luego un libro cuando vuelva —le dijo Russia.

—Ya le estuve leyendo ayer —dijo Xan. Había abierto ya la puerta—. Me obligó a leer cinco veces el mismo libro.

—¿Qué libro?

—¿Qué libro? ¡Uf! Uno que habla de unos polluelos estúpidos que creen que el cielo se les va a caer encima... Cocky Locky... Goosey Lucy... ¡Qué sé yo! Y a todos se los lleva la raposa. ¿No es así, Billie?

—Como las ranitas —dijo la niña aludiendo a otro cuento—. Murió toda la familia. La mamá. El papá. La niñera. Y todos los *higuitos*.

—Tengo que irme. —Besó en la cabeza a Sophie (un levísimo olor sospechoso), y ella respondió deslizando un dedo húmedo por su mejilla para llevárselo seguidamente a la boca. Luego se agachó para besar a Billie.

—Es el aniversario de papá —le explicó Russia. Y finalmente le preguntó a él—: ¿Dónde piensas ir a emborracharte?

—A esa especie de bar del canal. ¿Cómo se llama...? El Hollywood.

—Adiós, papá —dijo Billie.

Al salir de casa se volvió un instante para echarle una mirada: era su forma habitual de evaluarse, de saber dónde estaba situado, de ver cuál era su *posición*. No era su estilo de hacer las cosas (luego volveremos a su estilo), pero hubiera podido expresarlo así:

Si lo que te gustan son los materiales de calidad, fíjate en el tacto de la tapicería de este sillón tan extravagantemente cómodo (pruébalo cuanto quieras; no te dé reparo). De hecho, si estás interesado en fincas o en la buena vida en general, aprovecha la oportunidad para darte una vuelta por la casa. Si, en cambio, lo tuyo es la tecnología alemana,

ven a ver mi garaje: está aquí al lado. *Y suma y sigue. Pero no se trataba de dinero.* Si sientes admiración por la belleza femenina extremada, disfruta viendo a mi mujer: su boca, sus ojos, sus aerodinámicos pómulos (y la luz de su gran inteligencia; porque, sí..., estaba muy orgulloso de la inteligencia de su mujer). Pero si tu corazón se derrite con la viveza ardiente de unos niños extraordinariamente listos, sanos y bien educados, sin duda envidiarás a nuestras... *Y suma y sigue. Y hubiera podido proseguir.* Pero fijate en que yo soy el marido modelo: un padre que comparte todas las responsabilidades de la familia con su cónyuge, un amante tierno y cumplidor, un hombre que se gana bien la vida, un compañero divertido, un «manitas» versátil y sin manías, un cocinero creativo y preciso, un masajista bien dotado que, además (y a pesar de una gama de posibilidades que bien puede describirse como «amplia»), no tontea nunca... Lo cierto es que sabía perfectamente en qué consistía ser un mal marido, una pesadilla de marido; que había tratado de serlo la primera vez y que aquello fue un crimen.

Xan Meo tomó por St George's Avenue y llegó a la calle principal (esto ocurría en Londres, cerca del Zoo). Al hacerlo, pasó ante la planta baja con jardín, al otro lado de la calle, que ahora rara vez usaba. Se preguntó si habría aún algún secreto allí. Una vieja carta, tal vez; una vieja fotografía; vestigios de mujeres desvanecidas... Xan se detuvo allí. Si giraba hacia la derecha, se dirigía al parque de Primrose Hill..., señalado por las rodadas de cochecitos infantiles, y la colina misma, semejante a un cochecito infantil, majestuosa, victoriano-eduardiana, con su forma de capota curvada hacia arriba en un gesto de suave indignación. Ese camino lo llevaría al Hollywood dando un largo rodeo. Si, en cambio, giraba hacia la izquierda, llegaría allí antes y podría quedarse más tiempo. Tenía, pues, que elegir entre el parque y la City. Y eligió la City. Giró a la izquierda y tomó hacia Camden Town.

Atardecía y estaban a finales de octubre. Cuatro años atrás, ese mismo día, su sentencia condicional de divorcio había cobrado carácter definitivo, y él había dejado también de fumar y de beber (se acabaron la hierba y la coca; los proxenetas americanos, según había descubierto recientemente, llamaban «niña» a la coca y «niño» a la heroína). Para Meo se había convertido en costumbre celebrar esa fecha bebiendo dos cócteles y fumándose cuatro cigarrillos durante media hora de dolidas reminiscencias. Ahora era feliz: un estado de delicado equilibrio cuya precariedad percibes en el cosquilleo de sus estresantes pulsiones. Y se estaba recuperando a buen ritmo de su primer matrimonio. Aunque sabía que jamás podría superar el hecho de haberse divorciado.

La pista de patinaje de Britannia Junction; Parkway y Camden Lock y Camden High Street, la docena de bastidores negros de luces de tráfico, los establecimientos de desguace... Algunas cosas tendrían que haber sido retiradas de en medio: aquel montón —no, aquella pila— de mierda de perro; aquel alud de vomitona; aquel borracho tumbado en la acera con el rostro semejante al trasero de un babuino; el viejo timador que había sido clara e increíblemente apalizado en el curso de las cinco o seis últimas horas... y cuyos ojos, que asomaban entre marcas de nudillos y de patadas, por increíble que pareciera, no albergaban dolor ni buscaban alivio...

Xan Meo miraba a las mujeres o, más concretamente, a las chicas, a las chicas jóvenes. El tipo de chica que, en su versión más típica, lucía plataformas de veintitantos centímetros y pantalones acampanados; aquel cuyo talle dejaba al descubierto una franja color hueso de ropa interior y un ombligo traumatizado por *bijouterie*; llevaba las llaves del coche en uno de los bolsillos traseros de los pantalones, y las del piso en el otro, abultando sobre sus nalgas, un *piercing* en la nariz, y otro, en forma de ancla, en la barbilla; y el cerumen de sus oídos parecía haberse extendido por sus

cabellos como a través de algún conducto interior. Pero, dejando aparte todo eso..., ¿qué? La finalidad secreta de la moda en la calle, la payasada —de la que la moda es su forma anarcoboheemia—, es frustrar el deseo concupiscente de tus mayores. Bueno..., ha funcionado, pensó Meo. No me interesas. Pensó también en las putillas de veinticinco años atrás, con sus medias, ligueros, escotes, perfumes... Las chicas estaban rompiendo con todo eso ahora. (Y tal vez la cosa iba más lejos, y estaban indicando el retroceso de la belleza física en interés del igualitarismo.) Meo no diría que desaprobaba todo cuanto veía, aunque lo encontraba ajeno. Y cuando veía a dos jovencitas besándose vigorosamente —una indescriptible confusión de aritos en los labios y clavos en las lenguas—, se sentía a sí mismo asintiendo. Fíjate en el beso entre jóvenes y deja que cale en tu corazón; si tu corazón lo rechaza y se aparta de él, entonces... es la edad, es que se te ha pasado el tiempo... ¡y que te jodan!

Al unirse a la larga cola para comprar cigarrillos formada en la estación de servicio, Meo recordó su penúltima infidelidad (la última, por supuesto, había sido con Russia). En la habitación de un hotel en Manchester, se había dedicado a desnudar metódicamente a una asistente de rodaje de veintidós años. «Déjame que te ayude con esta ropa tan calurosa», le dijo. Lo cual era una fórmula habitual en él. Pero bastante precisa también: el salvaslip húmedo, los leotardos de lana, las botas de goma. Estaba sentado en el sillón cuando la muchacha enderezó su cuerpo delante de él. Allí estaba su cuerpo, con los familiares círculos y semicírculos y sus divinas simetrías, pero incluyendo algo que él nunca había visto antes. Tenía delante un pubis casi completamente afeitado. «¿Y eso?», preguntó él. «Me ayuda a tener un orgasmo», respondió la muchacha... Bueno, a él no le ayudó a tener un orgasmo. Notaba algo más duro donde se suponía que todo tenía que ser blando: le parecía estar dándose... contra un lingote de acero. Y le quedó luego un her-

moso y revelador verdugón (con el nombre y el número de teléfono de la chica en él) para llevárselo a casa... para que se lo viera una mujer que, de todos modos, y con razón, era psicopáticamente celosa (como él). En resumen, que la ayudante de continuidad no había sido tal. Que había marcado una discontinuidad, una radical discontinuidad. ¿Hacía falta mayor claridad? *Que los monos no salten, que duerme la niñita*. Llevaba ya cuatro años y medio durmiendo con Russia. Aún duraba la pasión, pero él sabía que disminuiría, y estaba preparado para ello. A su manera, Xan Meo estaba en camino de comprobar que, al cabo de algún tiempo, el matrimonio es una relación fraternal, marcada por ocasionales, y más bien lamentables, episodios de incesto.

Caía ya el crepúsculo, pero el cielo seguía aún majestuosamente brillante y las estelas de los aviones más lejanos semejaban incandescentes espermatozoides enviados para fecundar el universo... En la calle, Meo dejó de mirar a las chicas, y éstas, naturalmente, siguieron sin mirarle. Había llegado ya a la edad (tenía cuarenta y siete años) en la que las jóvenes miran a través de ti, más allá de ti: miran a través de tu espectro, lo que tal vez sea una desgracia muy trillada, pero claramente es un hito en tu despedida, en tu viaje al reino de los muertos. Susurras «adiós» una y otra vez...: que *Dios* esté contigo. (Porque yo ya no lo estaré. No puedo protegerte.) Aunque esto no era del todo cierto en el caso de Meo, ya que era un hombre conspicuo, y él lo sabía, y le gustaba, en resumidas cuentas. Ocupaba un gran espacio físico: alto, ancho de espaldas, recio; sus cabellos castaños oscuros ya no eran espesos y ondulados, pero aún cubrían una buena parte de su cabeza (la crema que les prestaba volumen extra y servía de fijador se llamaba *Urban Therapeutic*), y sus ojos tenían más patas de gallo de las que uno quiere ver en ellos. Bien es verdad que su rostro tenía... un brillo de talento, sí..., pero... ¿qué clase de talento? En su aspecto más zalamero, el que más volun-

tades le captaba, el rostro de Meo era el de un hombre capaz de adelantarse hasta un micrófono para ofrecer una interpretación lo bastante rijosa de «Papá se va de picos pardos». Su aire era aceptable: plausible para el propósito al que se alude.

Y, todavía más, era famoso y, por consiguiente, había en él algo engañoso e hinchado, cierta desmesura. Habría que decir que era *discretamente* famoso, como lo son muchos ahora: porque ahora hay muchos famosos (incluso Meo podía recordar una época en la que casi nadie era famoso). La fama se había democratizado tanto, que la oscuridad se sentía ahora como una privación y hasta como un castigo. Y las personas que no eran famosas se comportaban como si lo fueran. Hasta el punto de que, en ciertas atmósferas mentales, era posible creer que la isla en la que uno vivía contenía sesenta millones de superestrellas... Meo era, en realidad, un actor; un actor que se había ganado una súbita reputación gracias a haberse diversificado cautamente en otros campos. Y el mundo tiene un nombre para esas personas que pueden hacer más de una cosa al mismo tiempo: a esos héroes multitarea los llama hombres renacentistas. El discreto brillo de una discreta fama iluminaba, pues, a Xan Meo. Cada cinco minutos alguien le sonreía a su paso..., porque pensaba que era alguien famoso. Y él devolvía esas sonrisas.

Prosiguió el paseo hacia el Hollywood... y nosotros seguiremos con el paseo de Meo, porque será su último paseo durante algún tiempo. Asomó la cabeza por la puerta de la librería de High Street y vio, complacido, que su primer libro (una colección de narraciones cortas titulada *Lucozade*) aún seguía en el mostrador con la indicación de «Nuestros recomendados». Después, tomando por la derecha a Delancey Street, pasó por delante del café donde el Hombre Renacentista tocaba la guitarra rítmica un miércoles sí y otro no junto con cuatro viejos *hippies* que se llamaban a sí mismos los Original Hard Edge. Atajó a la izquierda

por Mornington Terrace, bastante más pobre y mucho más tranquila: podía oír sus propias pisadas a pesar del viento que azotaba los árboles bajo los que pasaba y del estrépito metálico que llegaba de los vehículos que circulaban más abajo, tras el muro situado a su derecha. El tiempo se podía describir amablemente como borrascoso. Una brutal y desenfadada turbulencia, en realidad, un «rodeo» de viento, con la tierra tratando de desmontar a cuantos cabalgaban en ella. Y en la calle, muebles de jardín, cubos de basura rodando, bicicletas y cada vez más portezuelas de coche abiertas señalando el impetuoso camino del viento. Xan era demasiado mayor para modas, cortes y estilos, pero ahora sus pantalones flameaban y, alternativamente, se ceñían por completo a las piernas por efecto del viento.

Más adelante vio a una mujer cuyo tipo le recordó, o hizo que sus sentidos evocaran, el de su primera esposa; su primera esposa como era diez años atrás. Bien es verdad que Pearl nunca habría tenido un cigarrillo en los labios y un periódico doblado bajo el brazo, y sus ropas no hubieran sido tan exiguas, tan ceñidas, tan reveladoras de las formas femeninas; pero sí se la recordaban su actitud agresiva o como mínimo abiertamente desafiante, los brazos despreocupadamente cruzados, la elevación de su barbilla que expresaba que todas las excusas habían sido consideradas y rechazadas de plano... Se hallaba de pie, esperando, en la sombra de un edificio pardo, de mediana altura. Detrás de ella remoloneaba un niño pequeño, ocupado en hurgar con un palo en el interior de una bolsa de plástico negro. Cuando Meo se volvió para cruzar por encima de las vías, la oyó decir:

—¡Harrison! ¡Mueve de una vez tu condenado culo!

Sí, muy lamentable, sin duda; pero ya con la tranquilidad de que la mujer no podía verlo porque se había vuelto de espaldas, Meo no reprimió un gesto de risa. Era un hombre moderno; un liberal, un feminista (un gimnócrata, incluso: «Demos una oportunidad a las chicas», solía decir.

«Ya sé que eso es pedir la luna. Pero *nosotros* no servimos. Demos una oportunidad a las chicas») pero, aun así, algunas cosas le parecían divertidas. Después de todo, la mujer había expresado con claridad lo que quería; no podía decirse que tuviera pelos en la lengua. Pero no..., Pearl lo habría dicho de otra forma...

Ahora Meo veía ya el edificio al que se dirigía, con sus multicolores luces de Navidad, su poste de barbero dando vueltas sobre sí misma... En ocasiones, un avión que aterriza puede sonar como una nota de advertencia: uno lo hizo así ahora..., como una nota de órgano que presagiara su desgracia.

Se detuvo a reconsiderar aquel sentimiento. Y olfateó la esencial impropiedad de aquel aire, con su condenado tufo, como si hubieran aspirado de él todas las deducciones. Un mundo amarillo de fe y de temor, y de mezquino ingenio. Y en el que todos volamos a ciegas. Luego siguió adelante.

Xan Meo se encaminó al Hollywood.

—Buenas noches.

—¿Está usted bien? —dijo el *barman*, como si dudara de la salud mental de alguien que aún diera las buenas noches.

—Sí, hombre —dijo Meo tranquilamente—. ¿Y tú? —Así estaban las cosas: era un hombre corpulento, estaba tranquilo, se sentía bien—. ¿Dónde anda todo el mundo?

—Fútbol. Selección inglesa. Aparecerán por aquí todos en masa a eso de las ocho.

Meo, que no pensaba estar para entonces, dijo:

—Tienes que poner una de esas pantallas de plasma. Para que puedan verlo aquí.

—No queremos que lo vean aquí. Pueden seguirlo en las del Gusano y Manzana. O en el Cabeza de Turco. Y que rompan ésas cuando el partido se pierda.

El menú de cócteles aparecía escrito con tiza en una pizarra por encima de un exhibidor de botellas y sifones dispuestos a imitación del centro de Los Ángeles, en cuyas calles aparecían colocados, sin ninguna preocupación por la escala, maniquíes de algunas estrellas escogidas.

—Tomaré un... —Había un cóctel llamado Blowjob. Y otro que aparecía con la denominación de Boobjob. «Como esas compañías que se llaman FCUK y TUNC», pensó Meo. Se encogió de hombros. No tenía la más mínima intención de ponerse a considerar ahora la obscenificación de la vida cotidiana. Así que dijo—: Tomaré un Shithead. No, un Dickhead. Aunque..., no. Mejor pon dos Dickheads^[1].

Llevando un vaso en cada mano, Xan salió a la terraza pavimentada que daba al canal, donde, en los últimos meses, sentado en un banco de cara al oeste, habitualmente con Russia a su lado, había consumido muchos pensativos Club Soda y muchos filosóficos Virgin Mary. ¡Cuánto más solemnes, cuánto más augustas y regias iban a ser sus reflexiones acerca de Pearl, ahora que estaba solo con sus cigarrillos y sus Dickheads...! La primera escrutadora mirada de Meo a las inmóviles y verdes aguas del canal lo confrontó a un pato muerto, con la cabeza hundida y las patas al aire como las patillas de unas gafas. Muerto en el agua, miserablemente muerto. Imaginó que podía percibir su husmo destacando sobre el rancio olor a botica del canal. Como Lucky Ducky o Drakey Lakey después de que se los zampó Foxy Loxy.

Xan creía estar solo en su terraza. Pero entonces asomó por una de las salidas laterales del Hollywood un joven atildado, con un teléfono móvil pegado a la oreja; dio la impresión de encaminarse apresuradamente a la calle, hasta que se paró en seco y pareció tantear el camino hacia un lado para apoyarse en la valla del canal un poco más allá. Se dio cuenta del gesto de Xan frunciendo levemente el ceño y después dijo con claridad: